Turco hacia otro tanto en Constantinopla. Las instancias de Mr. de Bourqueney para impedir que el emperador escribiera á Pio IX, y sobre todo para obtener que Chekib-Effendi fuese presentado por Mr. Rossi, despertaron su desconfianza. Suplicó al abate Demauri que entregara á su embiado cartas de recomendacion para el padre Ventura, porque sabia que era persona que merecia en alto grado la confianza del Papa. Prohibió á Chekib-Effendi que comunicara sus instrucciones escritas al embajador de Francia, y hasta que se las manifestara al Papa en presencia de aquel, indicándole al mismo tiempo que si no encontraba medio de tener una conferencia secreta con el soberano Pontífice, se valiera para tratar de los negocios de su mision del padre Ventura.

El embajador Otomano desembarcó en Ancona el 11 de Febrero. Las órdenes del Papa fueron puntualmente ejecutadas. Chekib-Effendi, al ver los honores que se le dispensaban, concibió al instante que su mision iba á tener un feliz resultado. Este presagio fué confirmandose mas y mas, á medida que se acercaban á Roma. Las poblaciones enteras se agolpaban al rededor de su carruage, y le saludaban con marcadas muestras de alegria. En fin la recepcion que se le hizo escedió en mucho á sus esperanzas.

Todo satisfizo los deseos del embajador hasta las puertas de Roma. Alli, concluyeron los honores, cesaron las demostraciones: el cañon de S. Angelo permanecio mudo. Chekib hizo su entrada como un simple particular, acogido solamente por el representante de Francia. Hubiera debido esperarlo; pero los honores que le habian acompañado desde Ancona formaban con aquel silencio un contraste cruel. Las insumaciones habiles de Mr. Rossi le recordaron las profecias de Mr. de Bourqueney; poco faltó para que no desesperase de su empresa. A penas llegó resolvió no obstante aclarar su posicion. Llevaba con él, como interprete, un Armenio católico en el que tenia la mayor confianza. En el momento en que se vió libre de los cumplimientos de su protector, le llamó, le entregó las cartas que traia para el padre Ventura, y le mandó que al instante, y lo mas secretamente posible, se fuera al convento de los Teatinos.

El pobre Armenio llegó mas muerto que vivo á su destino. Como católico, y católico de Oriente, habia esperado de aquella mision los mejores resultados. Se presentó temblando al padre Ventura, y le entregó las cartas. Este le tranquilizó diciendole.

—Paciencia, todo irá bien; como vuestro embajador no viene de parte del mismo Abdul-Medjid, no ha podido ser recibido de otro modo en la ciudad, y no hemos hecho poco en evitar otro tropiezo mas grande aun: era necesario no despertar con un gran aparato las sospechas del embajador frances. Decid pues al embiado del gran visir que se tranquilice: su mensage tendra todo el buen éxito que se puede esperar; y si vé una afrenta en la manera con que el Papa le recibirá en el Quirinal, será muy injusto ó muy descontentadizo.

Animado con esta respuesta, Chekib-Effendi, siempre acompañado del Conde de Rossi, se dirigió al dia

siguiente, 16 de Febrero á ver al cardenal secretario de Estado, para presentarle sus credenciales, y suplicarle al mismo tiempo pidiera á S. S. que fijara el dia en que se dignase darle audiencia. Dos horas despues, el cardenal Gizzi le volvió la visita, y le anunció que el Papa le esperaria en la mañana del sábado 20. Era necesario aun esperar tres dias, que á Chekib-Effendi se le hicieron, tres siglos. Visitó las antigüedades, recorrió los museos, las bibliotecas, las galerias, sin gozar un solo momento de nada de lo que veia. Siempre que entraba en algun parage público, encontraba al momento un gran personage para recibirle y servirle oficiosamente de *cicerone*.

Llegó por fin el deseado dia de la audiencia. Aquella misma mañana, Chekib, mas y mas inquieto á medida que se acercaba el momento decisivo, envió por última vez á su Armenio á visitar al padre Ventura, y este le dió nuevamente su palabra de honor de que todo sucederia como habia prometido. Llegó el momento de salir para el Quirinal, y nadie mas que el Conde Rossi vino á buscar al musulman. Subieron al carruage: una multitud avida por ver aquella novedad de un embajador turco, dirigiendose con gran pompa á Monte-Cavallo, se amontonaba en las calles; pero ni un personage oficial se presentaba. Los alrededores del palacio estaban desiertos; el número ordinario de funcionarios no habia sido aumentado; las tropas ni aun tomaban las armas; los centinelas de los puestos esteriores apenas hacian los honores militares al paso de los coches; Chekib-Effendi llegó á creer que si hacian aquel ligero saludo era unicamente por consideracion á su protector. El enviado turco estaba sombrio y silencioso, el rostro del Conde Rossi radiaba de alegria.

Los dos embajadores penetraron por último en el gran patio del Quirinal. Allí todo habia cambiado de aspecto. El Papa habia dicho: »Que se observe la etiqueta en la ciudad; pero aquí quiero ser señor de mi casa.» Los guardias nobles, los suizos, los carabineros y los granaderos de la guardia pontifical, de gran uniforme, estaban colocados en batalla á los dos lados del patio de honor. Los tambores tocaban marcha, sonaban los clarines, y las músicas de todos los cuerpos poblaban el aire con sus dulces y sublimes melodias: era una verdadera entrada real. Nunca habia sido acojido el conde Rossi con aquel brillante aparato, ni aun cuando seis meses antes conducia á los pies del Santo Padre al príncipe de Joinville. Chékib-Effendi miró al embajador de Francia: ya no sonreia. En el vestíbulo, en la escalera, en las antecámaras el mismo lujo de guardias y lacayos, por todas partes los soldados presentaban las armas, por todas partes los criados se inclinaban respetuosamente al paso de los ilustres huéspedes. En la gran galeria que precede á la sala del trono se veian colocados de pié, en dos líneas compactas, los generales cubiertos de oro, los prelados vestidos de armiño, los camareros secretos con sus trajes morados, los gefes de órdenes religiosas con sus hábitos tan variados, y los conservadores y los principales miembros de la nobleza romana.

Todo el brillo de esta reunion se eclipsó á los ojos

de los visitadores, cuando llegaron á la sala en que el Papa, sentado en su trono, ocupaba el fondo; á derecha é izquierda, los camareros, y los gentiles hombres de servicio, colocados sobre las gradas de él tenian las insignias del poder pontifical; un vasto semicírculo de cardenales, en toda la riqueza de sus trajes, parecia no completar el círculo para dejar acercarse al embajador turco á los pies del Soberano Pontífice. Por todas partes brillaban el oro y la púrpura, las piedras preciosas descomponiendo por todas partes los claros rayos del sol, despedian destellos de mil diversos colores que deslumbraban á todos los que en ellas querian fijar su vista. Toda la majestad de la Santa Sede, todas las pompas de la Iglesia habian sido desplegadas en honor de un acontecimiento tan notable. El embajador turco estaba asombrado, fascinado con aquel lujo.

Conducido Chékib-Effendi delante del trono con el ceremonial de costumbre, se arrodilló; Pio IX le levantó al instante dándole á besar su mano, y haciendole seña de que se sentara. El embajador turco pronunció entonces en su idioma el discurso siguiente, que su intérprete tradujo en seguida en francés:

»Muy Santo Padre:

»Su Majestad Imperial el Sultan Abdul-Medjid, mi augusto dueño y soberano, ha sabido con la mayor satisfaccion el dichoso advenimiento de Vuestra Santidad al poder del mundo católico, aunque no hayan existido hasta ahora relaciones entre la Sublime Puerta y el gobierno de la Santa Sede. Asi pues,

enviandome cerca de V. S. para hacerle presentes sus felicitaciones vivas y sínceras, mi Soberano no ha hecho mas que ceder á su deseo ardiente de manifestar cuan cordialmente se asociaba á la satisfaccion universal con que este feliz acontecimiento ha sido acogido. Esta es la primera vez que aprovecha la agradable ocasion de entrar en relacion directa con el gobierno de la Santa Sede: este es tambien uno de los beneficios de nuestro siglo, que es el de la civilizacion y de la humanidad, pero será ademas un brillante testimonio de las virtudes y de las opiniones benévolas que caracterizan á mi Soberano y á Vuestra Santidad. Ella apreciará, estoy seguro, los afectuosos sentimientos de mi Soberano, que colma de beneficios á todas las clases de sus súbditos, iguales á sus ojos como son á los de un padre todos sus hijos que ama indistintamente. Está seguro por esta razon de haber adquirido de antemaño la estimacion y la amistad de V. S. En cuanto á mí, nada puede igualar á el honor de haber sido encargado por mi Soberano de esta noble mision, sino es la dicha de haber conseguido por ella las bondades de V. S.»

El Papa respondió en términos afectuosos que agradecia al Sultan los buenos y leales sentimientos que manifestaba respecto á su persona por boca de un personaje tan ilustre; que aceptaba con placer la dulce esperanza de ver establecerse entre la Puerta y la Santa Sede relaciones francas y cordiales de que se utilizarian principalmente los cristianos esparcidos en todo el vasto imperio otomano, y que esta idea le

hacia aun de mas valor las proposiciones de amistad que le trasmitia el Gran Señor.

El Embajador presentó en seguida al Soberano Pontifice á su hijo y secretario, Arif-Bey y á las personas mas distinguidas de su comitiva, á quienes dirigió S. S. palabras llenas de benevolencia y cortesia.

Durante esta recepcion oficial, el conde Rossi habia sido naturalmente olvidado. Retirado en medio de un grupo de cardenales, ocultaba allí su despécho, comprendiendo que habia desaparecido toda esperanza de impedir entre el Papa y el enviado turco una comunicacion secreta. En efecto, despues de los discursos de ceremonia vió á S. S. bajar lentamente de su trono, presentar la mano á Chékib-Effendi, é invitarle á pasar á su gabinete con su intérprete. Chékib respondió que no queria mas intérprete que el del Papa siguió pues á Pio IX, al que acompañaba el cardenal Mezzofante, el famoso poligloto, y los tres entraron en el despacho del Papa cerrándose la puerta detras de ellos.

La conferencia duró cerca de una hora. Qué pasó en esta larga entrevista? Los resultados lo han demostrado mas tarde. Chékib-Effendi, segun dicen, declaró á Pio IX que el Sultan se veia cercado de las mayores dificultades por parte de los embajadores que le rodeaban. Su ilustre interlocutor respondió que no era tampoco mas dichoso en sus relaciones con los representantes de las potencias extranjeras. El enviado de Abdul-Medjid espuso en seguida los motivos que hacian desear á su Señor que la Santa Sede se encargase de la proteccion de los cristianos orientales. Entre aquellos motivos, algunos eran puramente políticos, pero otros eran de interes general. Chékib manifestó que el Sultan contaba en sus Estados un millon de Armenios cristianos, colocados bajo el patronato de la Rusia. Que Roma favorezca sus intenciones, que les tienda sus brazos, y habra en el imperio turco, para la Santa Sede, un millon de súbditos mas, para el Sultan, un millon de Rusos menos. Las dos potencias tenian ya un motivo para entenderse. Pio IX prometió tomar esto en consideracion.

Cuando se abrió de nuevo la puerta y aparecieron ambos, todo el mundo se figuró que alguna cosa grande y solemne acababa de pasar entre ellos.

Chékib hizo presente al retirarse, que aquel dia habia sido uno de los mejores de su vida. El Papa le envió su retrato engarzado en un marco de oro guarnecido de brillantes; Chékib lo suspendió al instante de su cuello, y apareció, asi condecorado en el palacio del conde Rossi que en obsequio suyo recibia aquella noche. Al llegar allí, enseñó su preciosa joya al embajador francés, y se regocijó de aquel presente con una naturalidad que no estaba exenta de malicia.

Tres dias despues Chékib-Effendi fué á despedirse de S. S. y le hizo presente al partir, que iba á escribir á S. A. para pedirle permiso para llevar á Nisham la imágen de un hombre á quien él consideraba como uno de los mas grandes soberanos de la tierra.

La noticia de la recepcion que habia sido hecha

al embajador otomano causó la mayor alegria en Constantinopla. Abdul-Medjid mandó llamar al abate Demauri, y le encargó que fuera á Italia á llevar al Santo Padre una carta autógrafa, en la que renovaba sus protestas de amistad hacia la Santa Sede, y testificaba el deseo de tener en su corte un nuncio apostólico. Chékib-Effendi por su parte, estando en camino para Viena, donde iba á representar á su Soberano, se detenia en Sinigaglia con el objeto de visitar la cuna de Pio IX, recorriendo la casa donde el Soberano Pontífice vió por primera vez la luz del dia, dió marcadas muestras de un sincero enternecimiento. Quiso ser presentado á todos los parientes del Papa, y dejo á los pobres de la ciudad una crecida ofrenda que espresaba mejor que sus palabras, los sentimientos que llevaba de la capital del mundo cristiano.

Veremos mas adelante cuales fueron las consecuencias de su mision.

CAPÍTULO VIGÈSIMO SEGUNDO

Pio IX y los judios del Ghetto.=Tienen partición en las limosnas papales.=Impuesto anual.=Es abolida la bárbara ceremonia del primer dia de carnaval. =Legado de un judio de Liorna al Papa.=Disposiciones de Pio IX.=Permiso dado á los judios para habitar fuera del Ghetto.=Fanatismo de los Transtiverinos.=Quieren atacar á los judios.= Ciciruacchio y Favella.=Movimiento del pueblo de Regola en favor de los judios.=Los Romanos fraternizan con los judios.=Iluminacion en el Ghetto. =Gran banquete.

Mientras que la providencia reconciliaba asi en la persona del Papa y en la del Sultan, los dos principios contrarios que dominan al Oriente y al Occidente, otras reconciliaciones, no menos estraordinarias quizá iban á tener lugar. La Inglaterra protestante, conmovida con las reformas de Pio IX y con la grandeza de sus miras respecto á Oriente, se preparaba á enviar á Roma un embajador, esperando que ella tambien borraria de su constitucion los testos antiquísimos, si pudiese acreditar oficialmente un encargado de negocios cerca de la Santa Sede. En fin, los judios iban